

La lengua en el periodismo escrito español de los años 90

*Responsabilidad lingüística de los periodistas:
Respuesta ética e hipocresía colectiva*

JOSÉ LUIS MARTÍNEZ ALBERTOS
Catedrático de Periodismo

A finales del verano de 1997, apareció en la *tercera página* de ABC un sugerente artículo del profesor Emilio Lorenzo, al que pertenecen las siguientes líneas:

«Siempre he querido tranquilizar a los alarmistas, a los que temen por la pureza de nuestro idioma y creen asistir a un proceso de decadencia imparable. Para ello trato de aportar datos, cada vez más copiosos, que testimonian su buen estado de salud y demuestran que la exagerada presencia de elementos extraños en una lengua no es más que una prueba de la permeabilidad de las comunicaciones de todo tipo en el mundo actual.»¹

Suscribo absolutamente el punto de vista del prestigioso académico de la Lengua en lo que se refiere al panorama actual que ofrecen los medios escritos utilizados hoy en España para la comunicación periodística: diarios, semanarios y revistas de información general. Es ésta una tesis que he venido desarrollando en diferentes ocasiones a lo largo de los últimos meses y que me complace volver a presentar aquí. Es más, lo que pretendo fundamentalmente en este trabajo es ofrecer un resumen esquemático y ordenado de sendas intervenciones más en dos encuentros de ámbito internacional que tuvieron lugar en España a lo largo del año 1996. El primero de estos foros se celebró en San Millán de la Co-

¹ Emilio LORENZO, «No todo es inglés (I)», en ABC, Madrid, 25 agosto 1997, pág. 3.

golla, entre el 15-17 de mayo, y se planteó como un seminario titulado *El español ante el nuevo milenio*. Una de las sesiones estuvo centrada en la discusión de los problemas que afectan al idioma español en los medios de comunicación, y fui yo el encargado de presentar la ponencia. El segundo encuentro, organizado con motivo de los actos conmemorativos del IV Centenario de la Ciudad de Valladolid (27-31 de mayo de 1996), fue un Congreso Internacional que bajo el enunciado de *El Español y los Medios de Comunicación* permitió reunir un destacado elenco de académicos de la Lengua y periodistas de España y América para debatir esta misma cuestión. Mi intervención en este Congreso vallisoletano, además de correr con parte de las responsabilidades del evento como coordinador científico, fue la de preparar una ponencia sobre «Formación lingüística del periodista» dentro de un capítulo de conferencias y comunicaciones dedicadas al análisis del papel de *Los medios informativos en la unificación de la lengua*.

UN ENFERMO SALUDABLE

La tercera de las conclusiones del Congreso Internacional de Valladolid dice textualmente:

«En contra de una visión simplista ampliamente extendida en algunos sectores intelectuales de la sociedad, el nivel de corrección lingüística de los textos periodísticos no es inferior al de los textos de divulgación que se producen hoy en España sobre asuntos políticos, económicos, culturales e incluso filológicos. Al mismo tiempo hay que lamentar la existencia de una desidia y abandono generalizados en los sectores más cultos de la sociedad española en lo que respecta al uso hablado y escrito de nuestra lengua.»²

En este párrafo está recogido el criterio predominante entre los académicos de la Lengua y los periodistas que intervinieron en el citado Congreso. Como botón representativo de esta opinión pacíficamente admitida por todos los asistentes, están las inequívocas palabras del profesor Emilio Alarcos Llorach, autor de la *Gramática de la Lengua Española* editada por la Real Academia en 1994: «Los medios de comunicación son, en general, respetuosos con la gramática»³.

² Congreso «El español y los medios de comunicación». Conclusiones», en *F.A.P.E* (Federación de Asociaciones de la Prensa de España), Madrid, n.º 19, junio 1996, pág. 3.

³ «El castellano de los medios de comunicación no es excesivamente malo, según Emilio Alarcos», en *El País*, Madrid, 28 mayo 1996, pág. 30.

Siguiendo con esta referencia periodística, Alarcos defendió que la mala utilización del lenguaje se debe a una carencia de sentido gramatical y recalcó que el uso del castellano en los medios informativos «no es excesivamente malo». Este académico explicó también que dichos medios, además de mostrar respeto por la gramática, «han permitido que, gracias a su conciencia vigilante, se haya intentado corregir errores a través de los manuales y normas de estilo».

Podemos insistir en esta perspectiva valorativa con la aportación de un juicio paralelo anterior, emitido en otra fecha y en otra circunstancia por otro académico —Manuel Seco—, pero coincidente en el argumento de fondo:

«Sin duda —afirma el autor del conocido y ampliamente utilizado *Diccionario de dudas y dificultades de la Lengua Española*—, son muchos los periodistas que poseen un buen conocimiento de su principal instrumento de trabajo. Hay que decir que merecen todo nuestro respeto y admiración, y hay que decirlo a sabiendas de que ese conocimiento es su primera obligación. Lo que ocurre es que no todos los periodistas están a la altura de ese deber, y aunque los que lo incumplen sean una minoría, la impresión negativa que éstos producen sobre sus observadores perjudica a la imagen de la mayoría ejemplar.»⁴

Como enfoque personal sobre este asunto, me atrevo a afirmar que en el estado actual de la cuestión no puede afirmarse que, globalmente, los textos periodísticos de los medios impresos sean más incorrectos que otras manifestaciones lingüísticas de la España contemporánea: historia, ensayo, divulgación científica, derecho, economía... Incluso me atrevo a decir que los textos periodísticos suelen tener más pulcritud y ortodoxia académica que buena parte de los estudios teóricos y metalingüísticos escritos por los licenciados y expertos en Filología. Es cierto que se cometen incorrecciones en los textos informativos, pero esto no es achacable a los periodistas en particular, sino que es un mal endémico cuya responsabilidad más directa está en las graves carencias del sistema educativo español en los estadios previos a la Universidad. Si se me permite echar mano de mi experiencia docente como profesor de Periodismo desde hace más de treinta años, he podido comprobar que a medida que ha ido subiendo la exigencia del nivel de nota para acceder a estos estudios universitarios, es cada vez menor el número de alumnos de primer curso que cometen faltas de ortografía —cosa que era bastante frecuente en los años setenta y ochenta—. ¡Pues no faltaría más! Pero estos alumnos, en una proporción mayoritaria verdaderamente escandalosa, siguen sin saber escribir, ignoran la sin-

⁴ Manuel SECO, *Las palabras del periodista*, La Coruña, Escuela de Medios de Comunicación de *La Voz de Galicia*, 1994, pág. 15.

taxis y no les suena en el alma la cadencia propia de cada frase. Los nuevos alumnos, adornados de altos coeficientes de calificación en sus estudios preuniversitarios y provistos de muy apreciables habilidades en el campo informático, no cometen ya faltas de ortografía pero tampoco saben puntuar sus escritos y la sintaxis se ha convertido para ellos en una ortopedia opcional absolutamente discrecional y voluntaria. Mi prevision personal es que esta ignorancia irá en aumento porque no hay profesores en la enseñanza media que estén dispuestos a enseñar Preceptiva y Retórica, es decir, irá en aumento hasta que no haya una vuelta efectiva al cultivo de las Humanidades en la preparación educativa de nuestros adolescentes.

Y una advertencia final: cuando me refiero a la incorrección lingüística de los textos periodísticos escritos no estoy pensando en las incorrecciones léxicas —neologismos de forma o de sentido—, sino en las incorrecciones gramaticales o de construcción —neologismos sintáctico/estilísticos—. Respecto a las incorrecciones léxicas de los periodistas, mi criterio es que hay que ser sumamente tolerantes y comprensivos, especialmente con los neologismos de carácter técnico. Las incorrecciones gramaticales, por el contrario, son las verdaderamente graves y sintomáticas, porque reflejan la ignorancia e inseguridad que tiene el escritor en sus relaciones de trabajo con su propio idioma⁵.

Me parece indicado cerrar este primer epígrafe con una invitación al optimismo moderado que preconiza para la lengua española en su conjunto el académico Emilio Lorenzo: nuestro idioma no está realmente enfermo según cabe deducirse hoy a partir de sus manifestaciones socio-culturales más importantes vinculadas a la creación lingüística. Una de estas manifestaciones es el periodismo escrito, la elaboración de textos informativos y de opinión para los medios impresos. Lo que ocurra en otros medios de comunicación periodística —radio y televisión— es materia para otro negocio distinto del que aquí nos ocupa. En todo caso, las posibles perturbaciones no son atribuibles a la contaminación procedente de otras lenguas, ya que la permeabilidad de los idiomas es un dato positivo que permite poner a prueba la verdadera vitalidad y capacidad de respuesta de cada idioma. Las perturbaciones e incorrecciones detectables en los textos del periodismo escrito español de nuestros días no son mayores que las que se advierten en cualquier otra manifestación cultural de análoga dignidad lingüística. Y parece también evidente que estas incorrecciones son achacables sobre todo a las carencias docentes de nuestro sistema educativo y, en segundo lugar, a cierta desidia y despreocupación que se advierte en bastantes sectores oficialmente cultos de la sociedad española.

⁵ José Luis MARTÍNEZ ALBERTOS, «El lenguaje periodístico: la nobleza de la palabra fungible», en vol. col. *Comunicación Social* (dirigido por M. Fernández Areal), Santiago de Compostela, Escola Galega de Administración Pública, 1994, pág.40.

Admitamos, finalmente, que desde una perspectiva maximalista el idioma español en su conjunto puede ofrecer signos demostrativos de ciertas patologías más o menos ocultas. Este diagnóstico, evidentemente, podría también trasladarse a esa parcela particular del idioma en la que trabajan los profesionales de la llamada prensa escrita. Habida cuenta, finalmente, de los datos que nos llegan de otros ámbitos culturales dominados por otras lenguas —el inglés, el francés, etc.—, el estado de salud de nuestro idioma no es especialmente preocupante en el momento actual. Quizás estemos ante un enfermo, pero este enfermo ofrece un aspecto bastante saludable. De todas formas, la posible falta de aseo y de compostura que puede advertirse hoy en el lenguaje de bastantes periodistas, no debe entenderse como la causa de estas dolencias, sino simplemente como una de las variadas manifestaciones externas producidas por un desajuste lingüístico de carácter interno que afecta globalmente a nuestra sociedad.

HIPOCRESÍA CORPORATIVA

Podemos considerar el punto de vista del profesor Alarcos —«el castellano de los medios de comunicación no es excesivamente malo»— como un término medio equilibrado entre posiciones más radicales: las posiciones representadas, *verbi gratia*, por José María Valverde y por Gabriel García Márquez. Desde mi modesto enfoque personal, debo manifestar que yo me alinee con las tesis cautelosas del prof. Alarcos: «los medios de comunicación son, en general, respetuosos con la gramática castellana».

José María Valverde, catedrático de Estética en la Universidad de Barcelona, crítico eminente, historiador de la Literatura y poeta irrepetible, demostró en más de una ocasión su fervoroso entusiasmo por la calidad literaria de los periódicos contemporáneos:

«Pese a que profesores y editores se empeñan en hablar de géneros literarios, buena parte de lo mejor en literatura se publica hoy en los periódicos», afirmaba en 1994, un par de años antes de su muerte⁶. Palabras que vinieron a corroborar anteriores declaraciones suyas, que pudieron entenderse como una despedida informal de su trabajo en la cátedra durante cuatro décadas:

«La poesía ha muerto. ¿Sabe dónde ha hallado refugio la literatura? ¿Dónde está lo que podrá leerse dentro de cien años, por dar una fecha arbitraria? Está en ciertas columnas de los periódicos. Con estilo irónico y aires

⁶ «Vivimos una época ultrabarroca (...), afirma Valverde», en *El Mundo*, Madrid, 14 marzo 1994, pág. 83.

cánicos, o sin ellos, en esas columnas está la irritación, el puñetazo, las convicciones. Allí es casi el único lugar donde se dice: *No, señor, no da igual todo, no somos todos unos cerdos*. Pues no hay literatura sin base moral.»⁷

Sin embargo, el premio Nobel de Literatura, Gabriel García Márquez, que ejerció como periodista durante bastantes años, se sitúa en una trinchera combativa radicalmente opuesta:

«La mayoría de los graduados llegan (al periódico) con deficiencias flagrantes, tienen graves problemas de gramática y ortografía, y dificultades para una comprensión reflexiva de los textos (...) Para muchos redactores de periódicos, la transcripción (de la grabadora al texto escrito) es la prueba de fuego: confunden el sonido de las palabras, tropiezan con la semántica, naufragan en la ortografía y mueren por el infarto de la sintaxis.»⁸

Como he apuntado antes, pienso que el juicio justo se encuentra en el término medio entre los apocalípticos como García Márquez y los integrados como Valverde. Pero estas citas de destacadas autoridades académicas y literarias de nuestros días me permiten hacer una reflexión acerca de un defecto corporativo —me atrevo a decir que en algunos casos podría calificarse como defecto institucional— que afecta al glorioso gremio de los periodistas: su incapacidad para la autocritica y su resistencia a asumir vicios de comportamiento ampliamente generalizados entre estos profesionales.

Es verdaderamente difícil encontrar hoy en España periodistas que estén dispuestos a reconocer que su conocimiento práctico adolece de numerosos vicios de toda clase y que, por consiguiente, deberían someterse a una cura de humildad para mejorar tanto su competencia como su actuación lingüística. En realidad, mi experiencia personal es que son muy pocos los periodistas que se plantean, como premisa fundamental de su labor profesional, la respuesta a estas cuestiones básicas: ¿Verdaderamente es deseable la unidad del idioma como algo que deba preocuparme en el desempeño cotidiano de mi trabajo? ¿No debería yo esforzarme en tener un conocimiento más reflexivo del lenguaje castellano en cuanto herramienta indispensable para mi profesión?

Por el contrario, creo que estamos en presencia de la aparición desinhibida de un fenómeno que me atrevería a calificar como la *gran hipocresía corporativa de los periodistas*. Esta actitud consiste, básicamente, en la afirmación so-

⁷ «El adiós a las aulas de Valverde y Alsina», en *La Vanguardia*, Barcelona, 15 septiembre 1991, pág. 55-56.

⁸ Gabriel GARCÍA MÁRQUEZ, «El mejor oficio del mundo», en *El País*, Madrid, 20 octubre 1996, págs. 32-33.

lemne y continuada de que no hay valor más sagrado para estos profesionales que la vigilancia y el cultivo esmerado de la lengua española, afirmación teórica que coexiste con la constatación práctica de las repetidas agresiones y desprecios contra la norma lingüística académica. Muchos son los periodistas de nuestros días que se llenan la boca con aparatosas declaraciones de amor por el idioma de nuestros padres y que, acto seguido, arremeten descaradamente contra la ortografía, la prosodia, la sintaxis y el léxico recomendado por las autoridades competentes en la materia. ¿Hacen esto de buena fe, como resultado de una ignorancia culpable en estos asuntos, o lo hacen conscientemente, como gesto de afirmación de que ellos son tan dueños del idioma como los académicos de la calle Felipe IV de Madrid? Hay de todo en esta cuestión y la culpa no siempre es de los periodistas.

Esta actitud de arrogancia y autosuficiencia no es exclusiva de los periodistas españoles ni es tampoco un hecho reciente. Hace algún tiempo localicé un texto referido a los periodistas norteamericanos que puede ser aplicado con ligeras cautelas a todos los periodistas de mundo occidental:

«De todas las instituciones de nuestra sociedad, desmedidamente satisfecha de sí misma —escribía en 1967 A.H. Raskin, director adjunto de la página editorial de *The New York Times*—, ninguna tan adicta a la santurronería, a sentirse serenamente satisfecha de sí misma y a darse palmaditas de aprobación, como la prensa.»⁹

La actitud autocrítica no es muy frecuente entre nosotros, esta es la verdad, pero es de justicia reconocer que hay periodistas sensatos y conscientes del problema. En el citado Congreso de Valladolid, sin ir más lejos, un periodista colombiano afincado desde hace años en España, Daniel Samper, tuvo el valor de formular duras acusaciones contra estos tics corporativistas. Se refirió, para lamentar el hecho, a «lo profundamente ignorantes y arrogantes que somos los periodistas en materia del idioma a la vez que subrayó que esta condición prepotente y levantisca se convierte en sumisión humilde cuando nos manipulan en materia de lenguaje, desde los políticos a los publicitarios»¹⁰.

En resumen: para muchos observadores del lenguaje utilizado en la prensa escrita, resulta obvio que el nivel de dignidad literaria de los textos es comparable al de otros productos culturales de nuestros días. Pero también resulta evidente que este nivel sería todavía más alto si el gremio de profesionales del pe-

⁹ José Luis MARTÍNEZ ALBERTOS, *La noticia y los comunicadores públicos*, Madrid, Ed. Pirámide, 1978, pág. 143.

¹⁰ «Mayor cuidado con la lengua en los medios», en *El Norte de Castilla*, Valladolid, 29 mayo 1996, pág. 55.

riodismo impreso fuera capaz de reflexionar autocríticamente acerca de su trabajo y, una vez tomada conciencia de las carencias existentes, se propusiera mejorar la realidad actual, tanto en el plano individual como desde el marco colectivo de las redacciones de los medios y de las asociaciones de periodistas.

REPONSABILIDAD ÉTICA

Hasta aquí me he estado valiendo ante los lectores de un guiño intelectual, de un sobrentendido cultural en el que creo que está involucrada, consciente o inconscientemente, la mayoría de los eventuales receptores de este trabajo. Este sobrentendido actúa como una especie de axioma, nacido de un dogmatismo poco democrático, y merece, por lo menos, que sea sometido a un amable análisis valorativo, dicho sea esto desde una perspectiva muy subjetiva. Me explicaré.

He mantenido ya en otras ocasiones que, desde mi punto de vista —y deseo aquí hacer especial énfasis en que ésta es una opinión personal totalmente discutible—, el problema de la corrección lingüística de los textos periodísticos está siendo enfocado equivocadamente porque se parte de un axioma —ético, profesional y cívico— que establece la existencia de una especie de *imperativo categórico* que los gramáticos colocan un tanto dictatorialmente sobre las espaldas de los periodistas.

«Diríamos —he escrito en otro momento— que estamos ante una ley moral a la cual los profesionales del periodismo, les guste o no les guste, deben prestar total acatamiento.»¹¹

Pero este axioma es falso, esta ley no existe en el mundo contemporáneo. Probablemente sería bueno que existiera, pero para esto es preciso previamente negociar, discutir y llegar a un pacto de colaboración entre periodistas y teóricos de la lengua.

La realidad sociológica del periodismo escrito en nuestro país, en lo que se refiere a la preocupación de los profesionales por los problemas relacionados con la corrección idiomática, pienso que se puede resumir en tres puntos destacados:

1. Con criterios realistas, no puede afirmarse hoy que todos los periodistas españoles tengan asumida la obligación moral de esforzarse por la dignidad de la lengua que usan. Hay un hecho que va cobrando día a día mayor impor-

¹¹ J. L. MARTÍNEZ ALBERTOS, «El lenguaje periodístico...», *op. cit.*, pág. 39.

tancia: alrededor de 16 millones de españoles viven en zonas bilingües (o que tienden a serlo cada día más) y las presiones sociales e incluso políticas contribuyen a enfriar las posibles e iniciales actitudes fervorosas de los periodistas respecto a la pureza idiomática del castellano. Para un número creciente de periodistas españoles, el castellano puede convertirse (¿se está convirtiendo ya?) poco a poco en una herramienta de trabajo de significación tan rotundamente utilitaria como cualquiera de los artilugios cada vez más extendidos llamados de usar y tirar. Es humanamente comprensible que para estos periodistas situados en zonas bilingües —y tanto más si la lengua materna no es el castellano— la pureza idiomática del español es un asunto que les deja absolutamente fríos: es una cosa de otros, como las máquinas que expenden refrescos en los pasillos de la Redacción. Si la herramienta no funciona bien tendrá que ser sustituida por otra: en todo caso, la puesta a punto de la lengua castellana es algo en lo que este periodista no tiene por qué sentirse personalmente implicado. En el mejor de los supuestos, esperará confiado que otros arreglen adecuadamente los desperfectos que él cometa.

2. La defensa de la corrección idiomática no es una obligación específica de los periodistas. El periodismo se caracteriza por ser una técnica social encaminada a conseguir para los ciudadanos unos determinados objetivos de interés general —es el *watch dog* o perro guardián a quien se confía la defensa de los grandes valores colectivos, las instituciones básicas de la comunidad—. Pero ni en España ni en ningún otro país del mundo civilizado existe un código de ética periodística, o cualquier otro mecanismo para la regulación del autocontrol profesional, que establezca para los periodistas la obligación de ser los vigilantes y paladines del idioma que emplean en su trabajo (Una cuestión aparte es lo que digan, de dientes a afuera, los *libros de estilo* de los periódicos; pero no debemos confundir aquí *libros de estilo* con *códigos éticos*).

3. A pesar de lo anteriormente expuesto, la realidad comprobable es que, a título individual o colectivo, muchos periodistas deciden involucrarse personalmente en la defensa de una corrección y de una pureza idiomáticas que ellos valoran como cosas buenas y deseables. Y llegan a esta conclusión por motivaciones de tipo cultural, económico o político — desde el patriotismo nacionalista más exacerbado hasta las nobles y ponderadas consideraciones de alta diplomacia o de estrategia ecuménica—. Pero sea cual sea su motivación personal en cada caso, el mecanismo intelectual que les lleva a esta decisión es siempre una aplicación particular de la ya citada teoría general del periodista entendido como perro guardián de las instituciones. Y entonces, el periodista que asume el papel de protector de la lengua lo hace porque está convencido de que el idioma español y su unidad sustancial en todos los países de la comunidad hispanohablante es uno de esos bienes colectivos e institucionales por los cuales él se siente obligado a luchar:

«Desde este momento, el idioma pasará a ser un valor protegido por este periodista, convertido en benéfico perro guardián de la civilización hispánica. No hay ironía en mis palabras: solamente ese mecanismo intelectual puede convertir la norma de la corrección lingüística en un compromiso social para cada periodista en particular.»¹²

TENDENCIAS Y PREVISIONES

Nadie niega actualmente al periodismo escrito el papel decisivo que ha tenido en nuestra reciente historia para mantener vivas en todo el mundo hispanohablante la identidad de la lengua y su sustancial unidad, por encima de las tendencias disgregadoras de los varios vectores centrífugos que la amenazan: diversidad geográfica, proyectada fundamentalmente sobre dos continentes; condiciones de inferioridad cultural respecto a otras lenguas europeas, como el francés, el inglés o el alemán; analfabetismo funcional todavía muy considerable localizado en importantes sectores de la población, tanto en España como en América, etc. El maestro F. Lázaro Carreter ha sintetizado elogiosamente esta función positiva de la prensa escrita:

«Ha habido circunsancias históricas en que las fuerzas disolventes, incultura esencialmente, han sido irresistibles y han hecho perder su identidad a la lengua afectada, el latín por ejemplo. En otras, sometidas a grave riesgo de fractura, se ha producido la supervivencia y la continuidad bastante coherente; tal es el caso del español en todo su ámbito americano, por la victoria de fuerzas consolidadoras: acuerdo de políticos y educadores, y extensión apreciable de la lengua escrita especialmente en la literatura y, sobre todo, en los periódicos»¹³

La cuestión que tenemos encima de la mesa es predecir si en el futuro los periódicos van a seguir desempeñando este benemérito papel, reconocido por el director de la RAE, al servicio de la unidad y coherencia de la lengua española.

Dos factores deben ser tenidos en cuenta para formular esta previsión: a) la futura evolución del sistema educativo español; b) la consolidación y eficacia real de los libros de estilo en los periódicos y demás medios de comunicación periodística.

¹² *Ibidem*, pág. 40.

¹³ Fernando LÁZARO CARRETER, *El dardo en la palabra*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1997, pág. 20.

a) El sistema educativo

En este año de 1998 vuelven a soplar vientos renovadores acerca de cuáles han de ser los criterios inspiradores del sistema educativo. Se habla, una vez más, de dar nuevo impulso a la formación de carácter humanístico en todos los niveles de la enseñanza. Si este buen propósito se lleva a feliz término, las previsiones acerca del futuro papel de la prensa en relación con la corrección y coherencia lingüísticas de los hablantes españoles se nos presentan buenas y esperanzadoras.

En relación con este espinoso y debatido problema —la deseable formación lingüística de nuestros estudiantes, en todos los niveles de la educación—, me gusta repetir una frase lapidaria del prof. Manuel Alvar, un tanto socarrona y caricaturesca en su formulación, pero cargada hasta los topes de experiencia docente y de sentido común:

«En las escuelas francesas están volviendo a las cuatro reglas de la aritmética, y a enseñar a los niños lectura y redacción. En primaria, un buen maestro es un señor que enseña a escribir sin faltas de ortografía (aunque corren insistentes rumores de que, para ejercer tal función, se precisa que el maestro conozca esas faltas de antemano). La enseñanza media consiste en aprender a redactar y la Universidad queda para todas las pedanterías restantes.»¹⁴

A partir de una adecuada preparación en los niveles previos, la formación específica de los futuros periodistas en su paso por las aulas universitarias debiera estar centrada básicamente en el aprendizaje de los llamados *saberes retóricos*, es decir aquellos conocimientos técnicos y creativos mediante los cuales estos profesionales del periodismo llegarán a dominar con suficiencia el arte del *buen decir*, o sea el arte de utilizar las riquezas ocultas en los secretos de la palabra¹⁵.

Si estos proyectos reformistas llegan a buen puerto, estaremos todos de enhorabuena y se abrirá para la lengua española un porvenir lleno de mágicas perspectivas. ¡Ojalá sea así!

b) Los libros de estilo

Respecto a los libros de estilo que han proliferado con extraordinaria abundancia en España en los últimos años, pienso que es correcto calificarlos glo-

¹⁴ Declaraciones recogidas en el diario *Ya*, Madrid, 3 agosto 1986.

¹⁵ José Luis MARTÍNEZ ALBERTOS, «La Retórica en la enseñanza del Periodismo», en *Periodística*, Barcelona, Societat Catalana de Comunicació, n.º 7/1994, págs. 31-32.

balmente como un lujo de nuevos ricos: casi todos ellos han sido concebidos y alimentados con la bastarda finalidad de que unas empresas privilegiadas puedan adornarse con plumas de pavo real frente a sus competidores. Hay excepciones, evidentemente, pero la tónica general de este fenómeno discurre más o menos por el derrotero indicado.

Conozco bastante bien, desde diferentes supuestos, la génesis y la aplicación de estos trabajos. Pienso, modestia aparte, que dispongo de credenciales suficientes para emitir un juicio valorativo con cierto peso científico sobre esta cuestión. Pues bien, «estas credenciales me autorizan plenamente a manifestar mi escepticismo ante la utilidad práctica de los libros de estilo. Nacidos dentro de la mentalidad periodística anglosajona —y más concretamente en EE.UU.—, su traslado al modelo español se ha hecho sesgadamente y al servicio de unos objetivos que no se corresponden en realidad con la idea que inspiró estos textos»¹⁶.

El libro de estilo ideal debe organizarse en dos apartados claramente diferenciados: 1) Normas y consejos gramaticales para la redacción de los textos periodísticos; 2) Normas orientadoras para las prácticas discursivas de los periodistas: criterios relacionados con los aspectos deontológicos, con el derecho a la información, con la utilización de las fuentes, con las pautas de comportamiento profesional propugnadas por el medio, etc.

«Al lado de unas *normas estrictamente gramaticales* deben figurar lo que yo llamo insistentemente *normas estilísticas peculiares* del trabajo periodístico. Sin embargo, los libros de estilo españoles están patológicamente obsesionados con las normas gramaticales e ignoran olímpicamente todo o casi todo lo que se refiere a las normas estilísticas reguladoras de las prácticas discursivas de los periodistas en su trabajo profesional. Hay algunas excepciones, evidentemente, y ya se empiezan a abrir paso los textos de la segunda generación de libros de estilo.»¹⁷

No obstante, y a pesar de los vicios de nacimiento aquí denunciados, yo soy optimista acerca del efecto positivo que, desde el punto de vista lingüístico, ten-

¹⁶ J. L. MARTÍNEZ ALBERTOS, «El lenguaje periodístico...», *op. cit.*, pág. 41. Sobre libros de estilo en la prensa española, *vid.* Emilio LORENZO, «Libros de estilo, guía de pecadores», en *Saber Leer*, Madrid, n.º 4, diciembre 1990, págs. 4-5. Señala este autor muy certeramente el posible error, tal vez insalvable para muchos incautos lectores, de confundir “estilo” con “gramática”: las recomendaciones que se presentan aparentemente como normas de estilo de uso interno son en realidad orientaciones breves y tajantes para que los periodistas puedan resolver dudas gramaticales en casos de uso vacilante o en situaciones equívocas: “La servidumbre cotidiana del gremio a las urgencias de los *mass-media* así lo exige”. Sobre esta cuestión es también recomendable un libro reciente: Álex GRIELMO, *El estilo del periodista*, Madrid, Ed. Taurus, 1997.

¹⁷ J. L. MARTÍNEZ ALBERTOS, “El lenguaje periodístico...”, *op. cit.*, pág. 42.

drán estos libros sobre los hombres y mujeres que se integren próximamente en las respectivas redacciones. Si, como debe ser, el libro de estilo se aprueba y aplica como resultado de un pacto entre las empresas y los consejos de redacción de los periódicos, la preocupación por la corrección y la unidad lingüística del idioma español puede llegar a ser un verdadero compromiso social que vincule colectivamente a propietarios y trabajadores, con la posibilidad incluso de establecer un mecanismo de estímulos y de sanciones para propiciar el interés de los profesionales hacia el cumplimiento de este compromiso cultural voluntariamente aceptado. Es indudable que este desideratum es todavía un tanto teórico, habida cuenta del panorama real de la prensa en España, pero no resulta quimérico o irrealizable si nos planteamos este logro como una posibilidad a medio plazo. De ser así, el libro de estilo puede ser una eficaz herramienta para la mejora colectiva del nivel lingüístico de todos los integrantes de una redacción. Esta es la idea que subyace en un párrafo altamente significativo que aparece en el prefacio del libro de estilo del *Washington Post*, en su edición correspondiente a 1989:

«Un periódico es parte de la propia imagen de una sociedad. La edición de cada día vive en las bibliotecas y en los archivos electrónicos para ser consultada una vez y otra por los estudiantes y los periodistas del futuro. El periódico es por tanto el depósito de la lengua y todos nosotros tenemos la responsabilidad de tratar la lengua con todo respeto.»¹⁸

¹⁸ *The Washington Post*, «Deskbook on Style» (second edition), N. York, McGraw-Hill Publishing, 1989, págs. VIII y IX.